



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Isidro Soler.)



—¡Un *chupani*, sí, señor!
¡Pero ninguno me gana
interpretando el tenor
de *El dúo de la Africana*!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada — Bagatelas, por Luis de Ansoarena. — Palique, por Clarín. — Carta abierta, por Antonio Soler. — House-mowers, por Eduardo de Palacio. — Miniaturas, por Sinesio Delgado. — Una prenda de vestir, por Juan Pérez Zúñiga. — A un amigo, por Felipe Maluenda. — Chismes y cuentos. — Correspondencia particular. — Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Isidro Soler. — Un desahuciado. — Dé caza (cuatro viñetas). — Burlas sangrientas. — Plan de ataque, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los periódicos han establecido la buena costumbre de introducirse en las casas, sorprender á los inquilinos en sus ocupaciones más íntimas y darlos á luz por medio del fotograbado.

Hasta yo mismo fui solicitado por Luis Gabaldón, el inteligente redactor de *Blanco y Negro*, que me dijo una noche en el café:

—¿Á qué hora estará usted en su casa mañana? Necesito sorprenderle.

—¡Cielos! ¿Para qué? —hubo de exclamar alarmadísimo.

—No es para nada malo. Tranquilícese usted. Me ha encargado un periódico de Pontevedra que le envíe fotografías íntimas de escritores, artistas, industriales, políticos y demás sujetos gallegos que residen en Madrid.

—¡Pero, hombre! ¿Á nadie le interesa saber como tengo yo la casa por dentro.

—Precisamente de eso se trata. El público es muy curioso y goza lo indecible cuando se le presenta al músico, al escritor, al diputado, al fabricante de galletas, sentado en el comedor de su casa, esperando que le sirvan el almuerzo, ó metido en la cama, sudando un catarro, ó pegándole á su mujer. Por eso me piden dos ó tres fotografías en las que aparezca usted haciendo algo íntimo, algo doméstico...

Y una mañana, cuando estaba más descuidado, se me presentó Pepe Irigoyen el fotógrafo de las instantáneas, con todos los bártulos del oficio y me sorprendió escribiendo en mi despacho, y después pasamos al comedor y volvió á sorprenderme tomando café, y si no le detengo en su empresa me hubiera sorprendido Dios sabe en qué otra ocupación menos inocente.

El caso fué que he salido en un periódico de Pontevedra y que todos los suscritores saben cómo es mi casa por dentro y cuántas sillas tengo en el despacho.

Todo esto podrá ser muy agradable para los que gustan lucir los muebles; pero ¿qué necesidad hay de que el público sepa que tengo rozado el tapete de la mesa del comedor?

* *

Establecida la costumbre de publicar retratos de todo el mundo, está perfectamente justificado que se publique también el de un personaje famoso en los fastos de la poesía lírica.

Por eso hoy «damos á luz» — en el sentido más inocente de la palabra — á Manuel Tovar (*Tovarito*), el vate de Plasenzuela, de quien tuve la honra de hablar en estas columnas.

Ahí le tenéis: esbelto, elegante, con su dulce caída de ojos y su expresión inteligente y voluptuosa.

El artista que ha copiado la interesante figura del poeta le ha vestido con el traje que éste usa para andar por casa. Con ese traje *Tovarito* ha compuesto sus mejores poemas y sus más delicadas estrofas.

Algunas veces llegó á sentir frío en las piernas por falta de abrigo, pero el fuego de la inspiración snele repartírsele por todo el cuerpo, y lo que debían hacer las medias de lana lo hace el estro poético.

* *

Tovarito, uno de los hombres más populares de Extremadura, si no el más popular, hállase actualmente en una dehesa, triscando alegre y juguetón, entre chotos y aves de corral.

Cuando deja la guzla, empuña la bota y liba; cuando se cansa de libar, tafe la flauta. Él no puede estarse quieto, porque la inspiración pone en actividad todo su organismo.



Yo le vi en Portugal hace un mes recorriendo los círculos y vertiendo versos por aquella boca, nido de perlas.

De cuando en cuando se paraba para encender un pitillo ó para beber una copa de Oporto, y entonces le decíamos todos:

«Habla, *Tovarito*, habla; todo en tu boca es canción.»

* *

Actualmente se halla en Plasenzuela alejado del mundo y sus pompas. «Quiero descansar — dice él, — quiero recogerme en mí mismo y nutrirme con mis propios versos y con algo de embutido.»

Y se sale con la suya. Quien le ve en Plasenzuela solo, medita hundo, comiendo chorizo y rascándose la espalda de vez en cuando, dice inmediatamente:

— Sí, ese es un poeta, y un poeta de altos vuelos, que viva entregado á la meditación y al lomo.

El cielo le conserve muchos años para bien de la lírica española y para regocijo de los que, como yo, pasan á su lado horas felices durante la temporada veraniega.

Por de pronto, ya le conocen ustedes de vista, lectores amables, y después de visto con detención, fácil es comprender las razones que he tenido para sacarle á luz antes de ahora en estas columnas.

No he querido que este hombre extraordinario viva solamente en Extremadura. Es preciso que España entera le conozca y le admire.

Con menos motivo estamos admirando hoy á muchísimos cursis, ora políticos, ora literarios.

Y dicho esto, y después de recomendar á ustedes que se fijen en mi hombre, todo poesía, les besa las manos hasta la semana próxima, su seguro servidor y antiguo amigo,

Luis Taboada.

*

Bagatelas.

Vió un hombre que otro, por mirar de frente
al sol, se quedó ciego,
y recordando siempre con espanto
castigo tan tremendo,
buscó refugio entre la sombra, y nunca
sus ojos alzó al cielo,
y hasta la luz más débil que brillase
le producía miedo.
Mas... ¡ironía atroz!... sus precauciones
de nada le sirvieron...
acostumbró sus ojos á la sombra,
y, á fuerza de huir del sol... se quedó ciego.

No sermonees más, aunque la veas
que en su locura ó su impulsor se enfanga,
pues tus fríos consejos martirizan
su corazón, sin que consigas nada.
Con la mujer hundida en el abismo
sobran lamentaciones y palabras...
¡O se la deja en paz, ó se la tiende
una mano, en silencio, y se la salva!

Si santas hubo en los pasados tiempos
que entregaban sus cuerpos á las fieras,
y al morir en el circo sonreían
de su trágico triunfo satisfechas;
santas de nuestro tiempo que resisten
con semejante fe é igual firmeza,
y que antes de abjurar sus ideales
arrojan su hermosura á la miseria.
Y pues esta es la fiera que ahora asusta
y que mayor voracidad demuestra,
las santas que la ríen sin que vacileo...
¿no valen, por lo menos, lo que aquellas?

¿Cuál es la causa del amor de muchos
que, al fin, contra ese amor sus quejas lanzan?
Pues... que al mirar á una mujer hermosa
piensan bellizas que el pudor les tapa...
¿Cómo se debe amar para que nunca
se pierdan la ilusión y la esperanza?...
Pues... se cierran los ojos para el cuerpo,
y se desnuda el alma.

Luis de Anzoena.

PALIQUE

Si lo que Mariano Cavia se proponía al publicar su revista de *Apolo en Apolo* era que el lector creyese, hasta el final del artículo, que, en efecto, Sinesio Delgado había conseguido un gran triunfo teatral, vive Dios que pudo ser.

Porque aquí está un lector, ego, que se tragó todos los perdigones.

Verán ustedes, amigos Cavia y Sinesio, cómo fué.

Acababa de comer (frase *altruista*), tomaba café cargado, en compañía de estos queridos seres por causa de los cuales soy yo, en cuanto literato, el esquilon de Iriarte, y no la solemne campana (¡ah! si fuera la campana, escribiría ahora una solicitud pidiendo la plaza que dejó *el de la de Huesca* (campana) en la Academia Española); tomaba café, digo, y leía *El Imparcial*. ¡Magnífico! grito de repente. ¡Excelente idea!—¿Qué es ello? me preguntan.—¿Carta de Pando, latigrama de Weyler?

—No, no. Es un soberbio desquite.—Será quite.—No, desquite. Es el caso que, como ya sabéis, Sinesio representó, vamos, hizo representar en *Apolo La zarzuela nueva*, que venció, pero con mucha el primer día, no después, que siguió venciendo como una seda. Pero, en fin, ello es que para hombres como Sinesio aquel triunfo no era triunfo. La obra tenía por objeto, creo, censurar los vicios de nuestro teatro chico, vicios que se deben en gran parte al público, el gran vicioso; pues á la larga su majestad el vulgo es siempre el principal causante de los *Cercos de Viena*. Los aludidos protestaron; no querían la medicina. Y ahora en *Apolo en Apolo*, otra zarzuela de Sinesio, se les da en grandes dosis... la enfermedad; y la tragan. *Apolo en Apolo* es una graciosísima farsa mitológico-satírica que ha producido grandísimo entusiasmo, gracias sobre todo á que abundan en ella las especias fuertes que eran objeto de las censuras de *La zarzuela nueva*. ¡Idea magnífica! repito. En rigor esto es la segunda parte de la obra poco aplaudida. Sinesio da la misma lección en otra forma, poniendo en escena al público mismo, sin hacerle salir á las tablas. En el *Drama nuevo*, el autor también mete en la obra al público, pero no le hace hablar. Aquí sí; el público habla, aplaude, se entusiasma. Sin querer, *los morenos* han vuelto á representar *La zarzuela nueva*.

Y, á juzgar por lo poco que Mariano Cavia nos dice del argumento y de las decoraciones, aquello debe de ser una *feria*, como tradujo un chico de la prensa. ¡Qué pintoresca animación, que chistes tan oportunos, qué graciosas alusiones!... Pero dejadme, dejadme. Quiero terminar la lectura del artículo, para escribir un telegrama felicitando á Sinesio...

* *

¡Y todo era una broma de Cavia!

No había *Apolo en Apolo*.

Pero debe haberlo. Sinesio tiene razón—si no es broma también la carta de Sinesio—(1). *Apolo en Apolo* es una ocurrencia felicísima. No importa que en el antiguo género bufo hayan salido ya musas y dioses. Esto es otra cosa, de otra manera; el fin es diferente y los recursos cómicos otros. Yo estoy viendo todo el *dibujo* en los puntos que Cavia ha ido señalando. Así como un poeta célebre produjo toda una larga composición literaria sin más que el argumento que le hizo adivinar un cuadro; sobre el artículo de Cavia se puede *bordar* una zarzuela de espectáculo, de mucha intención y de buen éxito casi seguro. Los autores, naturalmente, deben ser Cavia y Sinesio. A ello.

* *

Pero este Cavia es el diablo. Un día quema el Museo de Pinturas, otro *estrena* á un amigo, etc., etc. Ya puede agradecerle el Banco que no le dé por *escribir* billetes de mil pesetas.

Si hubiera sido Cavia un verdadero patriota, hubiera estado junto al general Weyler pacificando provincias desde *el Cabo de San Antonio hasta la trocha de...* La pacificación no hubiera sido más verdadera, pero lo hubiera parecido.

Clarín.

UN DESAHUCIADO



—¡Otra vez sin destino! Después de haberme pasado tres días y tres noches á la puerta de casa de D. Praxedes gritando: ¡Viva la autonomía!

(1) Es broma.—N. del D.

DE CAZA



À la espera.



Con red.



Con reclamo.



Con hurón.

Carta abierta.

«Querida Marta: el contento no cabe en el alma mía desde que he sabido el día y hora de tu casamiento. Con tan dulces emociones escribí versos alegres, y hasta la tinta, que es negra, anima los corazones. La coyunda es el deseo por todos, Marta, sentido; ¡quién hoy no camina unido al carro del himeneo! Casarse es correr en pos de imponderable fortuna... Hacer de dos vidas una en la presencia de Dios. Es perpetuar la memoria de un bienestar que complace; es el bello desenlace de una peregrina historia. Mas si á la luna de miel como solemos decir, llegase, Marta, á venir algún sinsabor cruel, entonces el lazo fuerte que nuestra existencia ata, es el agujijón, que mata, sin llegar á dar la muerte. Para evitar un dolor tan grande, Marta, es forzoso que al dar la mano á tu esposo des un tesoro de amor. Si á ti ha de vivir unido su sombra amante has de ser, que honra mucho á la mujer la presencia del marido. Del mundo el amor es luz y una cruz, vida tan corta, mas con amor se soporta el peso de nuestra cruz...

.....

 Cásate, pronto, alma mía,
 ¡Te adoran!... Pues al momento...
 Cásate, que el casamiento es lo que hay mejor hoy día.
 Hagamos, Marta, los dos por los dos un sacrificio.
 No nos causemos perjuicio...
 ¡Cásate, Marta, por Dios!
 En mi pretensión no cejo;
 tu buen nombre á padecer va si se llega á saber...
 En fin, que yo te aconsejo que te cases sin tardar.
 No des, Marta, que decir...
 4.....

 —¡Mira que vas á impedir que yo me pueda casar!

Antonio Soler

*

BURLAS SANGRIENTAS



—¡Parece mentira que Capdepón se atreva á gastarme esas bromas! ¿Pues no me dice que me presente diputado por Matanzas, sabiendo que dentro de ocho ó nueve meses ya no habrá tal distrito? ¡Lo mismo le hubiera dado nombrarme obispo *in partibus infidelium*!

House mowers.

Allí todo es grande.
 En los Estados norteamericanos.
 ¿Incendio? Desaparecen cuatro ó cinco Estados.
 ¿Inundaciones? Se borran noventa ó cien pueblos.
 ¿Suicidio? Se levanta un hombre veinte tapas de sesos.
 ¿Raptos? Cada raptor se lleva dos docenas de mujeres, entre casadas, víudas, doncellas y sustitutas, con dinero, mobiliario y cuanto poseen ellas ó sus parientes.
 Todo es grande como la estatua de la Libertad y como la cabeza de Morghan.
 Allí florecen la industria y el comercio.
 Y los mormones y los cuáqueros.
 Leo en los periódicos que se ha constituido una sociedad para transportar los edificios sin derribo ni desarme.
 La titulan sus fundadores *House mowers*.
 Han funcionado algunas veces con éxito satisfactorio, trasladando á distancias considerables algunos edificios.

Como una escuela pública con chiquillos y todo á más de quince kilómetros; un teatro á veinte en noche de función y lleno: terminó la representación de una obra dramática á dos leguas del sitio donde había empezado.

El público que estaba en el secreto había tomado billetes para ida y vuelta del drama, y algunos señores aprovecharon la ocasión para regresar á su pueblo, divertidos por el espectáculo teatral.

Se asegura que lo mismo pueden hacer los del *House mowers* con puentes, viaductos y túneles: transportarlos adonde sea necesario, ó á otra escala, pero siempre conservándolos en pie.

Aún hay más.

Han ensayado, con fruto, el aumento de algún piso en las casas que trasladan.

A lo que aún no han llegado, á pesar de las pruebas, es á la realización de aquella fantasía de uno de nuestros generales más aplaudidos ó más plausibles: á instalar las casas con las cuatro fachadas ó más al Mediodía.

Pero todo se andará.

¡Ah, si nuestros abuelos hubieran visto tan extraordinarios adelantos!

¡Y si nuestros bisabuelos lo hubieran sabido!

¡Y si lo presenciaron nuestros hijos?

¡Y si lo vieran nuestros nietos?

El nuevo adelanto de los *House movers* será causa de graves perturbaciones en todos los países, y particularmente en España.

No tendremos día seguro los vecinos pacíficos, ni aun los ministros y demás autoridades responsables.

Viviremos á merced de las asociaciones de *House movers* que se formen en nuestro país.

Los raptos de muchachas casaderas se verificarán con casa y todo.

Los robos á domicilio, con domicilio.

Para secuestrar á un ministro le sorprenderán en su despacho velando con los oficiales ó con las oficiales del ramo—según quien sea el ministro,—y lo transportarán todo.

Sacarán luego al personaje y devolverán el estuche á su sitio.

¿Qué gobernador pone el pie en algunos círculos, si se juega él mismo el traslado?

Ni aun la seguridad de despedirse «Hasta luego», cuando salga de su casa el cabeza de familia.

Tal vez al regreso haya desaparecido ella: no la esposa infiel, la casa.

Y todo tiene su pro y su contra.

Porque aun cuando se llevaran algunos «establecimientos oficiales», ¿qué perderíamos los ciudadanos inofensivos?

¡Oh, *House movers*!

Eduardo de Palacio.

Miniatura.

Coqueta con todos. No conmigo, porque tengo el sistema de no volver la espalda al enemigo cuando la sangre la pasión me quema.

Y si de veras me enamoro, y arde la llama que me aviva allá dentro el día en que me salgas al encuentro queriendo detenerme, será tarde.

Cesen, pues, tus caricias zalameiras, porque cuando con ellas me sugieras la idea de vencer y rompa el fuego... ¡llegaré hasta las últimas trincheras! Y puede, niña, que nos pese luego.

Sinesio Delgado.

Una prenda de vestir.

Juan Climaco compró un saco de entretiempos en muy mal uso y sin cesar se lo puso mucho tiempo Juan Climaco.

Mas se hartó la prenda de él ó él de la prenda se hartó; el caso es que la heredó su esposa doña Isabel.

(y este espejo de bondad que, como era de Alcobendas, para arreglarse las prendas tenía facilidad).

en menos de un periquete le puso al saco no sé qué forro con trozos de la alfombra del gabinete;

y así transformado el saco, que al parecer era eterno, tuvo su abrigo de invierno la esposa de Juan Climaco.

Varios años lo lució la señora de don Juan, mas tanto el pobre gabán de usarlo se desgastó,

que sin ponerle la mano y arragado como un bigo, pasó aquel gabán de abrigo á ser gabán de verano,

y encogido por la lluvia de un modo que daba pena, con una manga morena y con otra manga rubia,

y trazas de colador y más grasa que un pestiño, lo usó en forma de corpiño Elvira, la hija mayor.

De usarlo á más no poder se fué poniendo verdoso, tanto que más de un gomoso se lo quería comer,

hasta que Juan á su amada consorte la dijo:—Mira, haz del cuerpo de la Elvira un gabán á la criolla.

Parecióle bien el plan, y cogiendo el cuerpo aquel hizo del cuerpo Isabel lo que la dijo su Juan;

por lo cual la prenda aquella pasó á la sirvienta Juana, que era doncella y murciana (más murciana que doncella)

y Juana la sudó un año bailando con su gachó; en fin, tanto la sudó que se quedó hasta sin paño.

Ya no sufre alteraciones, ni hay quien le agrande ó la pará; solo la queda una cuarta del forro y cinco botones,

y anda en manos inexpertas que la emplean inclementes para poner relucientes los bolichés de las puertas.

¡Lo que se puede apurar una prenda de vestir!

¡Después de tanto servir en lo que viene á parar!

Y copio la historia fiel de aquel saco de Climaco, porque dudo que haya un saco de más historia que aquel.

Juan Pérez Zúñiga.

A un amigo.

Si yo en broma te dije cierto día en el casino venatorio:—«¡Plaza á aqueste cazador de pura raza!» á la caza de amor me refería. Llevas con decisión y gallardía, siempre que te dedicas á esta caza, dos lebreles, los dos de buena traza, que se llaman Lisonja y Osadía. Logra Lisonja—tiene buen olfato— la caza levantar en breve rato, mas si alcance la da, no la maltrata; no así Osadía; rápido y certero y con impulso pertinaz y fiero la sigue sin cesar y al fin la mata.

Felipe Maluenda.

HEMISMES Y CUENTOS

¿Á que no saben ustedes quién es el destinado para concluir la guerra de Cuba?

¡El general Blanco!

Y ¿á que no saben ustedes quién le encarga tan difícil misión?

Pues... ¡la opinión pública!

¿Sola?

No, señores; encauzada y dirigida por los mismos, por los mismísimos periódicos que le obligaron á venir de Filipinas, entre una lluvia de denuestos, corrido y desacreditado, á fuerza de dedicarle artículos de fondo demostrando su ineptitud militar y política que ponía en grave riesgo la integridad de la patria.

Y de esto no hace cincuenta años. Hará, á todo tirar, seis ó ocho meses.

Verdad es que el mismo sistema se ha seguido con Weyler.

La prensa importante inventó aquello de la guerra con las guerras, fustigó al gobierno que se entretenía en contemplaciones ridículas, echó por tierra en un santiamén la reputación de Martínez Campos, y obligó á marchar á D. Valeriano, á quien victorearon los muchedumbres con todo el entusiasmo posible.

Llegó á Cuba el marqués de Tenerife, como le llaman ahora, empezó á desarrollar su sistema, arrasó el país, destrozó sin piedad á los insurrectos y á sus partidarios, y cuando ya iban á tocarse los resultados de la lucha, se vuelven de repente las toroas, se descubre que Weyler es sanguinario y cruel, que los de la manigua son nuestros hermanos y que hay que relevarle á escape si no queremos que Dios nos castigue á todos con el fuego eterno.

Como consecuencia de esto cesan las diatribas contra los Estados Unidos, ya no los llaman *país de cerdos*; ni el último semanario satírico, se adula á Mr. Woodford esperando que tenga compasión de nosotros, y venimos á parar en que aquello de la autonomía, de que antes no se podía hablar sin faltar al patriotismo, es una solución digna, honrosa, y segura para acabar la guerra...

¿Quieren ustedes que hablemos con franqueza?

¿Quieren ustedes saber á que obedece un cambio tan radical y tan brusco?

Pues... ¡al miedo á los yankees!

Y todo lo que no sea confesar eso es andarse por las ramas

Tienen que leer ahora los periódicos que se payaban de patrioteros hace unos cuantos meses y que echaron las campanas á vuelo, ó poco menos, por el desastre de Victoria de las Tunas, solo porque redumbaba en desprestigio de Weyler.

¡Protestan del relevo los españoles de la Habana!

¡Bah! Manifestaciones preparadas por el mismo gobernador general, con ayuda de unos cuantos tenderos á quienes conviene que siga la guerra.

¡Tratan de regularle una espada de honor todas las clases sociales de Mallorca, y la suscripción sube como la espuma!

Exageraciones de paisanos que no comprenden los verdaderos intereses de la patria.

¡Telegrafían los comerciantes y banqueros de Bilbao en el mismo sentido que los de la Habana!

Silencio en las filas y no se hace caso. ¡Vaya usted á saber á que bajos móviles habrán obedecido!

Plan de ataque.



—Aquí viene... ¡Ánimo! ¿Qué flor la echarás? El sargento dice que lo que más las gusta es que las llamen *luceros de la mañana*. Pero á ésta pue que la parezca poco...

Y la lástima es que no se puede oponer á esas manifestaciones del despecho ni un mal despacho telegráfico de ninguna parte, felicitando al gobierno por el cambio de generales.

¿A nadie se le ha ocurrido telegrafiar en ese sentido?
¿En qué consistirá eso?

Por fortuna no puede negarse que el gobierno que preside el señor Sagasta es enérgico.

Se ha apresurado á contestar á los manifestantes que él sabe lo que tiene que hacer y que se vayan á freir espárragos.

Y además, y esto es lo más importante, el flamante ministro de Estado ha inaugurado *sus tareas* con un acto de virilidad que es segura garantía de que la honra nacional está en buenas manos.

Lean ustedes:

«Según dice un colega, el señor ministro de Estado tiene ya redactada la contestación á la nota de los Estados Unidos, en que se pedía que se fijara antes del 31 de Octubre la fecha aproximada de la terminación de la guerra de Cuba.»

La imposición es clara y evidente, pero á Dios gracias el ministro ha sabido encontrar la contestación precisa para tamaño insulto y ustedes se figurarán que ha respondido lo siguiente:

—El gobierno juzga impertinente la pregunta, y advierte que España no puede conceder á otra potencia, sea la que fuere, el derecho de exigirle plazos ni de inmiscuirse en sus asuntos interiores.

Efectivamente. Sigán ustedes leyendo:

«Dícese que el gobierno manifestará que no puede fijar con exactitud la fecha en que la campaña tendrá feliz término (feliz para los Estados Unidos, por de contado), aunque sí puede asegurar que no será ya muy larga.»

No hubiera contestado otra cosa un niño asustado.

Ni creo que en la historia de la diplomacia se registre un rasgo de cobardía semejante.

Harán bien en seguir tratándonos á patadas.

El señor Sagasta prometió dar solución rápida á los problemas pendientes.

Creo sinceramente que cumplirá su promesa y que no tendremos conflictos.

Porque dos no riñen cuando uno demuestra un miedo cerval.

Sí pongo yo que, á no ser porque la disciplina militar impone muy duros deberes, el general Blanco no hubiera aceptado el puesto para que el gobierno le destina.

Porque se encuentra con el siguiente dilema:

Ó termina la campaña de Cuba durante la época de la seca, ó no la termina.

Si la concluye diremos todos:—¡Vaya una gracia! Eso mismo hubiera hecho Weyler sin la ayuda de una acción diplomática que nos pone á los pies de los caballos y sin conceder la menor ventaja á los insurrectos.

Y si no la concluye... ¡figúrense ustedes lo que vamos á pensar de él si no la concluye! Váyase preparando para que le copien los terribles artículos de fondo dedicados á Weyler, sin más trabajo que el de cambiar los nombres.

De modo que lleva las de perder de todas maneras.

Un recorte de *El Imparcial*:

«La prensa americana trae detalles horribles de la entrada de los insurrectos en Las Tunas.

Después del saqueo de tiendas, las turbas insurrectas se cebaron en los indefensos moradores.

Las primeras víctimas de aquellos atropellos fueron las hermanas de Vicente García, el afamado cabecilla insurrecto de la anterior guerra.

Las mutilaciones que sufrieron los 93 voluntarios fueron horribles. Pedro Suárez vió machetear á sus tres hijos antes de morir. Igual martirio sufrió Ramón Rubia, que vió matar á sus dos tiernos hijos.

La señora de Santa Ana fué colgada por los pies y quemada. A la señora de Fernández y á sus dos hijos se les cortó la cabeza. Al jefe de policía, Ramón Díaz Machado, le cortaron las piernas y después los brazos.

A la viuda del doctor Trista se le condenó al martirio de fuego lento hasta que declaró el sitio en que tenía escondido el dinero.

Al sacristán Camilo se le colgó de un brazo dejándolo en esa posición hasta después de muerto.

Es imposible relatar los brutales atropellos cometidos con las mujeres y los niños.»

No vayan ustedes á creer que la que ha hecho eso ha sido una partida de plateados. No; ha sido el núcleo del ejército libertador al mando de Calixto García, blanco él, y ex-empleado del gobierno español.

Decididamente tienen razón los separatistas disimulados que nos han salido á última hora.

Weyler no podía seguir allí ni un momento más. ¡Es demasiado sanginario!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. E.—No, señor, no estén mal, y tienen *sabor y carácter*, pero en cambio carecen de novedad. Todo lo que se dice en ellos se ha dicho muchas veces de distintas maneras. Gracias por... lo otro.

Régulo.—Tengo que decir exactamente lo mismo de sus *átomos*.

Zorrillo.—También doy á usted las gracias, y también tengo que contarle una cosa parecida. Que es lástima que haya escogido ese asunto; porque se pasa de vulgar como usted comprende.

Tamparrantan.—Eso de la *equitativa* me está oliendo á gansa viva; pero si no fuera gansa... escriba usted, pero escriba para dejárselo en casa.

Sr. D. L. S. R.—Le agradezco infinito su carta, pero *por ahora* no seguiré sus consejos. Las batallas se deben dar en el terreno mismo del enemigo.

El diablo amarillo.—Se publicará. Es más, puede que se publique en este mismo número, porque á mi se me ha echado encima el tiempo, puede que no pueda hacer coplas, y... ese huequecillo quedará.

Sr. D. R. L.—Gracias. No maneja usted los endecasílabos con la misma soltura que los octosílabos. Así es que las dos composiciones de esta semana son más endebles que las anteriores. Hay que cuidar la acentuación, porque de lo contrario desaparece el ritmo. Y es lástima, porque el asunto de una de ellas, la titulada *El retrato*, tiene alguna miga. Pero había que contarle de otra manera.

Sr. D. F. M.—Digo á usted lo mismo que al *diablo amarillo* un poco más arriba.

Faciaty.—Hombre, por Dios, eso no puede ser. El asunto es tan chiquitín y tan trasnochado que no merece que se le ponga en verso.

Del Gado.—Su carta me ha producido gran satisfacción, porque se ve que dice con sinceridad lo que siente. Y... siempre le gusta á uno que le den consuelos. De las menudecias no puedo aprovechar ninguna.

Calatayud.—Se le escapó á usted algunos versos cojos. Tantos, tantos, que puede decirse que lo son casi todos. Cuente usted las sílabas, y verá que pocos tienen las once que marca el reglamento.

Sr. D. L. T.—A usted le pasa dos cuartos de lo mismo. Haga usted la misma operación que recomiendo al Sr. Calatayud y se convencerá inmediatamente.

Casta y Susana.—A mí me encantan las chulas, pero esas coplas me indican que *ambas á dos* versifican lo mismo que un par de mulas.

Santander.—El caso es que la carta particular está bien, y la composición resulta muy endeble. ¡Vea usted lo que son las cosas!

Sr. D. C. E.—Ha adelantado usted prodigiosamente. Todavía no ha llegado usted, pero está en buen camino.

Poca pena.—¡Medir, medir y medir! Esas tres cosas son las primeras que se necesitan.

P. P. T.—Digo lo mismo. Y además, que *mula y altura* no serán consonantes... ¡aunque perdamos la Perla de las Antillas!

Sr. D. J. A. G.—Las redondillas y las seguidillas están bien, aunque no son de la índole del periódico. En el soneto hay algunas faltas graves de medida, á consecuencia de las cuales no son endecasílabos los que debían serlo.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS
SACUDIDORES DE JUNCO Y DE DRILLO
HULES PARA MESAS Y VASARES
Completo surtido y precios ventajosos.
BURLETE
A DIEZ CÉNTIMOS METRO
HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 3.

CONSERVAS
DE
AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS
MARCA
LA NOYESA
Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.
JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO
Vinos gallegos puros del Rivero.
A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
Málaga.—Mansanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
5^a RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos. A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta al día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 11 desp.º